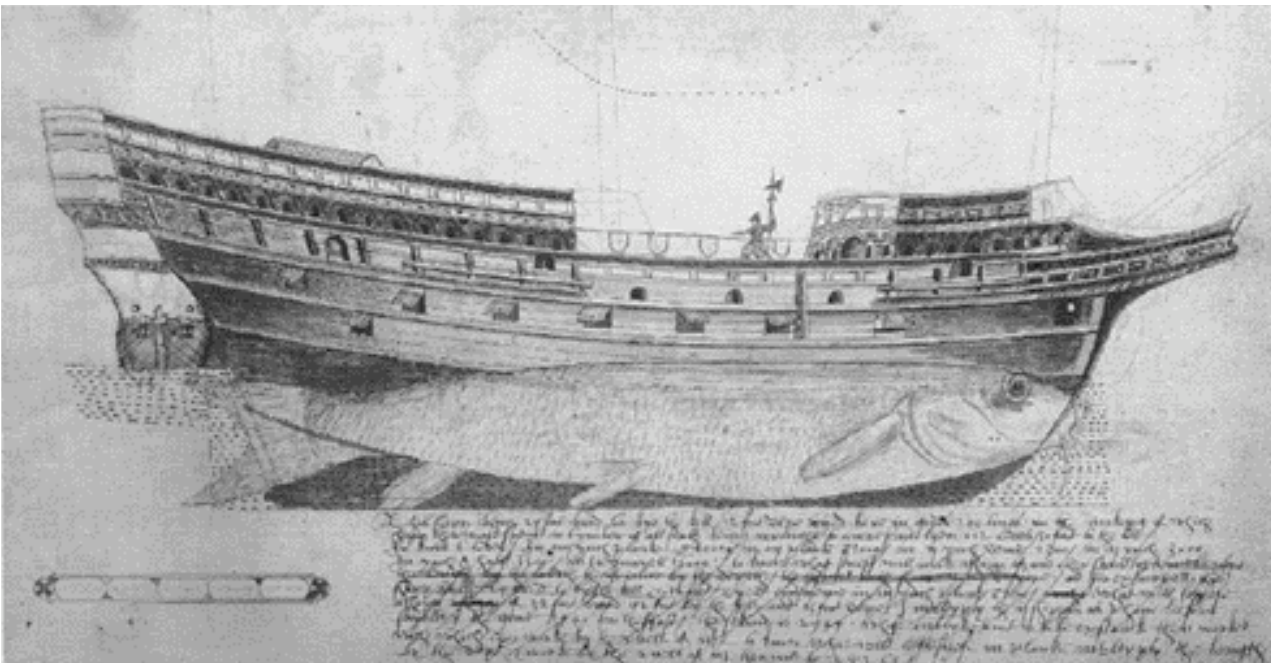


Reyes/Acevedo: *Alrededor del otro mundo*

Adolfo Castañón



Galeón, siglo XIX

Cuenta Alfonso Reyes en su evocación de Jesús T. Acevedo que cuando ambos vivían en Madrid hacia 1915 y eran vecinos en la calle de Torrijos, el artista y escritor, al mismo tiempo que Alfonso Reyes redactaba “Visión de Anáhuac”, escribía un opúsculo, primero llamado “Corrientes oceánicas” pero que se publicaría con el título “La Nao de China” o “La llegada del Galeón de Manila” en la revista *Alrededor del mundo* publicada en Madrid. En ese texto que según Alfonso Reyes recuerda y supera la “Visión de Anáhuac”, “nos deleitan los galicismos como frutos prohibidos; nos encantan los tropiezos de la afectación arcaizante; rastreamos el recuerdo de cosas recién vistas en los museos”.¹

¹ Alfonso Reyes, “Notas sobre Jesús Acevedo” en *Obras Completas*, tomo IV, Fondo de Cultura Económica, México, 1995, p. 444.

Fui a buscar dicha revista a la Biblioteca Nacional de Madrid en cuanto pude, un día de enero de 2002. No encontré el artículo de Acevedo. Sin embargo, la consulta de la revista fue poco menos que asombrosa. La revista *Alrededor del mundo* fue una publicación fundada en Madrid en 1899 por Manuel Alhamis Montes. Este curioso y pintoresco semanario se publicó durante treinta y dos años y alcanzó mil seiscientos veintiséis números. Su propietaria fue la señora Zoila Ascasíbar y Artola —apellido que ya parece conjunto y abracadabra. La revista mezclaba la divulgación traviesa con cierto amarillismo pintoresco y una humorística voluntad pedagógica. La sola enumeración de algunos de los títulos de sus reportajes y artículos lo deja a uno soñando con ojos perplejos. Van como muestra algunos:

- “De cómo conservaban los antiguos la Edad Dorada”.
- “El monasterio de los quinientos monjes de madera”.
- “La vuelta al mundo en un cascarón de nuez”.
- “La primavera y el olor de los pies”.
- “Del pelo como arma”.
- “Los insectos cantores”.
- “Animales que ven con las orejas”.
- “El tatuaje en la legión extranjera”.
- “Algo sobre la dentadura de los topos”.
- “El ritmo de la madera”.
- “Las voces de los buques”.
- “Los muertos sin cuerpo” (sobre los primeros hornos crematorios en la ciudad de Houston y las grandes comodidades de que pueden gozar los deudos mientras esperan las cenizas).
- “Las peleas de gallos entre los reyes de la antigua India”.

Entre las imágenes que aderezan la publicación me llamó la atención en el número del 14 de junio de 1930 una fotografía de un cuadro de Rafael Gutiérrez Solana (“El revolucionario”) que repite la imagen incomparable y obsesionante del torturado chino que aparece en *Farabeuf* de Salvador Elizondo y en *El erotismo* de Georges Bataille.

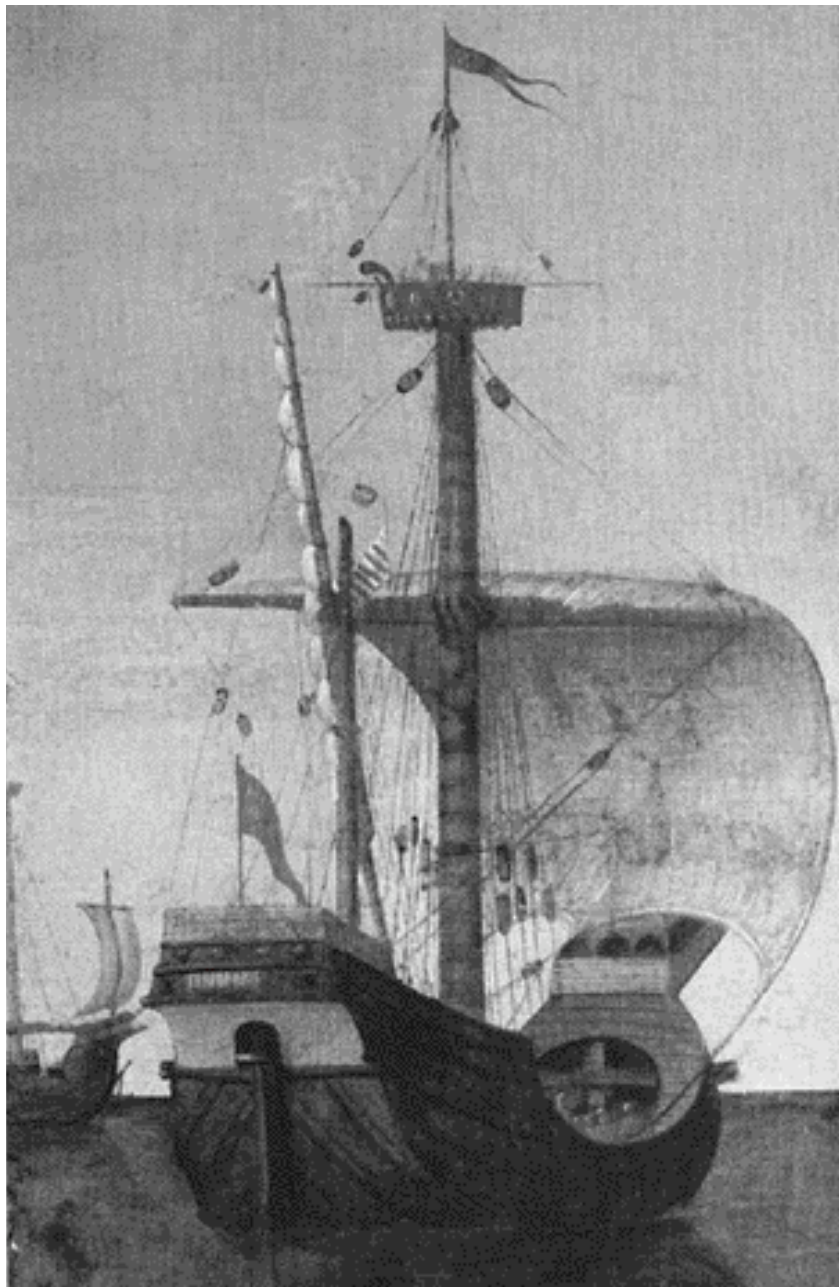
Desde luego, México no está ausente de las páginas de la revista. ¿Cómo podía estar fuera de estas páginas que alojan un museo de la juguetería intelectual, el país más civilizado de todas las naciones bárbaras y la nación más bárbara entre todas las civilizadas?

Por ejemplo, en abril de 1917 aparece un artículo sobre “El peyote en México: una planta que produce fantasías visuales maravillosas”. El artículo es una reseña del libro de Rouhier² del que Alfonso Reyes más tarde escribirá. En junio de 1923 aparece otro título, “Méjicanerías”, sobre los machetes, navajas, cuchillos y armas blancas que usan los sombrerudos con bigotes de tártaro que se presentan como rancheros de Michoacán y Jalisco. Los redactores de *Alrededor del mundo* creen a pie juntillas en que los primeros pobladores de América, y en particular de México, vinieron de China, y se preguntan “¿Descubrieron los chinos América?” (21-VI-1920) o “¿De dónde vinieron los indios americanos?” Es curioso que nunca hubiesen jugado con la hipótesis contraria: los chinos, japoneses y coreanos como descendientes de los toltecas, mayas y olmecas (25-IX-1926). ¿De dónde vienen los mexicanos? Cualquiera que lea el artículo “Las admirables ruinas mexicanas de San Juan de Teotihuacán” (donde se ponen uno junto al otro, indistinguibles, un jeroglífico teotihuacano y un ideograma chino) dirá, sin duda, ¡de China! Y si en un número se publica una curiosa estampa sobre “El alquimista de Querétaro” (un vendedor de ópalos embrujados), en otro aparecerá “México, la tierra de

los mendigos”. La cosa se modera cuando se publica “Cómo colonizaba España” (16-VIII-1924) y se comprueba que, después de todo, México no le salió tan mal a la Madre Patria. Cada año la revista publicaba como regalo para sus lectores una novela para que fueran formando la “Biblioteca alrededor del mundo”. Ahí se publica una truculenta y pintoresca narración firmada por el casi seguro seudónimo Tomás Janvier. Su título es *El tesoro de los aztecas* y su paradójico subtítulo: *novela de antigüedad contemporánea*.

Suele suceder, en efecto, que nada hay tan novedoso como lo que sale del anticuario y nada tan caduco y arqueológico como la polvorienta actualidad.

Quizá no busqué bien y Acevedo sí publicó en *Alrededor del mundo* “El galeón misterioso”. O quizá se trata de una traviesa de Alfonso Reyes para llevar al pertinaz lector curioso a hojear una revista que parece editada por una banda enmascarada de cronopios, encabezados —¡ábrete sésamo!— por doña Zoila Ascasibar y Artola. **II**



Carrack, navío utilizado durante la Edad Media

² Alexandre Rouhier, *Le plante qui fait les yeux émerveillés: Le péyotl*, prefacio de Em Perrot, París, 1926. Ha sido reeditado por Guy Trédaniel, Editions de la Maisnie, París, 1989, 375 pp.